

menez (es de creer) responderia: «¡Oh hermano, quién tuviera vuestra virtud y perfeccion! Que mas mérito es pelear y hacer el hombre contra su natural inclinacion, que seguirse por ella, por buena que sea.» Estas y otras semejantes espirituales competencias da á entender Fr. Francisco Jimenez en su escritura, que pasarian entre los dos.

### CAPÍTULO VI.

*De la profunda humildad y desprecio de sí mesmo que resplandeció en este apostólico varon.*

Ejemplos de humildad y propio menosprecio del santo Fr. Martin de Valencia.

1522.

ENTRE otros actos de humildad que se cuentan de este bienaventurado, diré aquí solo dos. El uno, que siendo el siervo de Dios electo provincial segundo de la provincia de S. Gabriel, año de mil y quinientos y veinte y dos, vigilia de la Asuncion de Nuestra Señora, y visitando los conventos que estaban á su cargo, usaba de esta costumbre. Al tiempo de tomar las culpas á sus hermanos, él decia primero las suyas, y se visitaba y tenia á sí mismo capítulo, poniéndose de rodillas en medio del coro, y reprendiéndose de sus propios defectos, se desnudaba el hábito y hacia allí en presencia de todos una disciplina, y besaba los piés á los frailes. Entonces le veian el cilicio, que jamas se lo quitaba del cuerpo. Hacia esto, no tanto por lo que á él tocaba, ni por mostrarse humilde, como por dar á sus súbditos ejemplo de humildad y subjecion á la correccion, viendo que él, siendo prelado, se humillaba y corregia primero á sí mismo, no teniendo por ventura culpas de que se acusar. Y este mesmo modo de corregir guardó en esta tierra, aun entre los indios, porque muchas veces cuando por sus culpas los habia de reprender y hacer azotar, él mesmo se disciplinaba primero delante de ellos, para que conociesen que de amor y caridad y deseo de su salvacion se movia á castigar y corregirlos, con lo cual ellos recibian el castigo con paciencia y hacimiento de gracias. El otro ejemplo es, que una vez desde la provincia de S. Gabriel quiso ir á su patria, donde era natural y de todos conocido (por ventura por importunacion de sus deudos); púsolo por obra, y pareciéndole vanidad haberse puesto en aquel camino y tenido aquel cumplimiento con sus parientes, llegado cerca del pueblo de Valencia de Don Juan, se paró á considerar para qué fin habia tomado aquel trabajo y andado tanto camino. Y teniéndolo por cosa de mundo y sin provecho, en venganza de sí mesmo y pena de su culpa, con deseo grande que tenia

de alcanzar la humildad y menosprecio de su persona, queriendo ser tenido de los hombres por loco por amor de Dios, quitóse el hábito antes que entrase en el pueblo, y desnudo en carnes, con solos paños menores, echada la cuerda á la garganta, mandó al compañero que lo llevase de diestro como á malhechor por las calles de Valencia hasta la iglesia, y lo pasase por una calle donde moraban los mas de sus parientes. Hecho esto, sin mas visitar á nadie, se volvieron por donde habian venido, con que los parientes y vecinos de aquel pueblo lo menospreciaron y tuvieron en poco, que era lo que él deseaba, porque por este fin hizo el siervo de Dios lo que aquí se ha dicho, con mucha fuerza y violencia que puso á su natural para salir con semejante acto por amor de Jesucristo, y por vencer á sí mesmo. Con estos y otros semejantes ejercicios alcanzó Fr. Martin la virtud de la humildad que tanto deseaba, en gran perfeccion, y hablaba de ella como quien tanto habia cursado en buscarla. Y afirma su muy íntimo y familiar compañero Fr. Francisco Jimenez que le vió hacer cosas y actos de humildad prodigiosos, y le oyó palabras muy profundas de ella, alegando siempre aquellas del humilísimo Jesus en el Evangelio: «Si no os hiciéredes como niños, no entrareis en el reino de los cielos.» Y no era menester contar particularidades de la humildad de este varon santo, pues todas sus obras y palabras y lo exterior de su vida no eran otra cosa sino un continuo acto y dechado de esta virtud. Con venir á esta Nueva España por prelado y caudillo de los primeros religiosos enviados á evangelizar en ella la fe católica con toda la autoridad del Sumo Pontífice, como su Legado, y con ser conocido de españoles y indios en un tan gran imperio por tal prelado y cabeza de esta nueva Iglesia, hasta que él mesmo lo renunció, con todo esto nunca quiso subir de su bajo punto de fraile pobre y despreciado, antes mucho mas en aquel tiempo se preció y arreó de la pobreza y menosprecio de sí mesmo, porque esta era la principal piedra que pretendió echar por fundamento del edificio de la ley evangélica que él y sus compañeros vinieron á plantar, andando descalzo, desnudo y roto. Andaba solo visitando toda la tierra de provincia en provincia, porque como eran entonces pocos los frailes, y cada uno de ellos tenia millon de ánimas á quien acudir, no queria traer consigo compañero, porque se acudiese á lo mas principal. Él mesmo llevaba su zurrón y manto á cuestras, no consintiendo que indio (con haber tantos como habia) se lo llevase. Y esto mesmo hicieron otros prelados á ejemplo suyo.

Matth. 18.



## CAPÍTULO VII.

*En que se prosigue la materia del pasado, y de la paciencia del santo Fr. Martin en las persecuciones.*

COMO el siervo de Dios era ya viejo de cincuenta años cuando vino á esta Nueva España, no pudo darse mucho á la lengua de los naturales, y tambien por no dejar lo esencial que Dios le habia comunicado de su oracion y contemplacion y ejercicios espirituales, y por esto supo poco de ella. Empero con aquello poco hacia mas que los otros, por el ejemplo que daba de santa vida, y porque el Señor le daba gracia y sabiduría con que á todos, así religiosos como seglares, españoles y indios, aprovechase mucho. Su ejercicio mas ordinario entre los indios era enseñar á leer los niños, desde el *a, b, c*, hasta leer romance y latin, y la doctrina cristiana, haciéndoles por medio de intérpretes muchas pláticas saludables conforme al talento de su edad, considerando que aquellos habian de ser maestros de sus padres y de todos los demas en las cosas de la fe, como lo fueron. Habiéndoles dado leccion, poníase á orar en parte donde le viesen, y él á ellos; lo uno porque no dejasen de leer y estudiar, y lo otro por darles ejemplo de llegarse á Dios con la oracion, conociendo que era necesario hacerlo así para con los indios, que mas hacen lo que ven que lo que oyen. Poníalos á sus tiempos en oracion, así vocal como mental, y despues de maitines cantaba con ellos himnos, y enseñábalos á rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos por espacio de siete *Pater noster* y siete Ave Marías. Con esta doctrina sacó de ellos muchos discípulos y buenos, que despues se dieron á la vida espiritual conforme á su capacidad, y sirvieron de ayudar en la predicacion á los religiosos, que para esto no sabian tanta lengua como era menester. Con los españoles que á la sazón gobernaban la tierra pasó el varon de Dios innumerables trabajos y increíbles aflicciones de espíritu sobre defender la inmunidad de la Iglesia, á cuyos mandamientos ellos no obedecian, ni hacian caso de excomuniones ni otras censuras. Y tambien por irles á la mano el varon apostólico en los agravios y vejaciones que hacian á los indios, y malos ejemplos que les daban en notable perjuicio de la fe de Cristo que se les comenzaba á predicar. Por esta ocasion tomaron tanto odio y rancor al siervo de Dios y á sus com-

pañeros (con ser todos muy perfectos varones), como si fueran mortales enemigos, persiguiéndolos en cuanto podian y levantándoles muchos falsos testimonios de cosas feas, que en su imaginacion no cabian, hasta que quiso Dios que descubierta la malicia de los perseguidores, fuesen castigados, quedando apurada la inocencia de sus siervos. Á uno de ellos, que una vez queria hacer siniestra justicia de un hombre, le fué á hablar el santo Fr. Martin, y dijole en secreto sus pensamientos cerca del negocio, por donde él debiera desistir del agravio que hacia. Mas como vió que por esto no mudaba parecer, dijole que habia de ser por ello destruido y perdido, lo cual así se cumplió, porque despues de haber estado un año en cárceles en esta Nueva España, lo llevaron á la corte del Emperador á España, donde le costó el pleito mucha cantidad de hacienda y muchos años de inquietud. Estimó en tanto el siervo de Dios Fr. Martin los trabajos que en este evangélico apostolado padeció, que afirmó el padre Fr. Toribio Motolinia, que dos años despues de venidos á esta tierra le oyó decir que en mas estimaba los servicios que á nuestro Señor Dios habia hecho estos dos años que habia trabajado en este apostolado, y lo juzgaba de mas merecimiento, que treinta años que estuvo en la religion en España, aunque los pasó en mucha oracion y contemplacion divina, y en muchos ejercicios de penitencia, ayunos, disciplinas, desnudez, descalcez y otros santos ejercicios. Bien conforma esta su sentencia con lo que dice la sagrada Escritura: *Melior est iniquitas viri, quam benefaciens mulier*. Que es decir, que mas vale la distraccion y obra activa del varon que se ocupa en las obras de misericordia, como son predicar y enseñar á tanta gente y tan necesitada como era esta (mayormente al principio de su conversion), que la bondad del puro contemplativo, que es como mujer, que poco mas que á sí aprovecha, buscando su quietud y consolacion propria. Cuanto mas que este siervo de Dios y sus compañeros fueron consumados en entrambas vidas, activa y contemplativa, de dia ayudando á los prójimos en sus necesidades espirituales, y de noche (todo lo que la humana flaqueza permite) vacando á la vida contemplativa, conforme á aquello del santo profeta: *In die mandavit Dominus misericordiam suam, et nocte canticum ejus*. «En el dia encomendó el Señor las obras de su misericordia, y en la noche sus alabanzas.» Esta fué la vida de nuestro Redentor, que de dia andaba por las villas y castillos evangelizando el reino de Dios, y de noche *erat pernoctans in oratione*, «trasnochaba en la oracion.» Á este propósito dice S. Dio-

Eccii. 42.

Psal. 41.

Luc. 9.  
Dionisio.



Gerónimo.

nisio que de todas las cosas divinas, la mas divina es obrar con Dios la salud de las almas. Bien concuerda con esto lo que dice S. Gerónimo escribiendo á Paulino presbítero, que la santa rusticidad y simplicidad del recogimiento, para sí solo aprovecha, y que cuanto edifica la Iglesia de Dios con el ejemplo de la vida, tanto daña no resistiendo á los que destruyen esa mesma Iglesia.<sup>1</sup>

## CAPÍTULO VIII.

*De la amistad espiritual que Fr. Martin tuvo con el primer obispo de México y con Fr. Domingo de Betanzos, y cómo todos tres intentaron de pasar á la China.*

EL santo obispo D. Fr. Juan de Zumárraga, primero prelado de la Iglesia de México, cuando vino la primera vez de España, traía gran deseo de ver al varon santo Fr. Martin, y comunicarlo, por la fama de su santidad, y si posible fuese, tenerlo en su compañía para mejor gozar de su espiritual conversacion. Y como este meritísimo prelado era en extremo aficionado á la virtud y amicísimo de la compañía, conversacion y amistad de los virtuosos y siervos de Dios, con este intento de gozar (si alcanzarlo pudiese) de la compañía santa del bendito Fr. Martin, se fué para Tlascalá, donde á la sazón era guardian, y descubrióle su corazón y deseo, cosa á la verdad muy ajena de la condicion del varon de Dios. El cual, aunque luego le pareció que aquello no le convenia para su recogimiento y contemplacion, con todo esto lo encomendó muy deveras á Nuestro Señor en la oracion, como quien nunca se determinaba en cosa alguna de importancia, ni la hacia, sin pedir á Dios su voluntad. Puesto en la oracion, adormeciósse (como siempre le acontecia en las visiones y revelaciones que tuvo, de algunas de las cuales se hará mencion adelante), y adormecido le pareció que se veia en la mar en una barca sin remos, y que la mar hacia grandes olas, y corria tempestad, y andaba la barca cuasi para se anegar, de que tuvo mucho temor. Y viéndose en agonía, fuéle dicho en espíritu que la mar es el siglo, y salir de la clausura y meterse en él, es andar

<sup>1</sup> Todo este abono de la vida activa se entiende quando es acompañada y adornada de la contemplativa, porque cada una de ellas tomada por sí, quién duda sino que la contemplativa excede en grandes quilates á la activa, pues Cristo, Verdad eterna, dijo: *Optimam partem elegit sibi Maria.* «Elegió Maria la mejor parte para sí.» — *Nota del MS.*

Luc. 10.

en barca sin remos en peligroso mar, donde fácilmente la barca se anega y el navegante perece. Contando esto al obispo santo y dándole por respuesta, se excusó con él. Mas no por esto le perdió él la devocion, antes de ahí adelante se la tuvo mayor. La mesma devocion, aficion y deseo de su compañía tuvo el gran siervo de Dios y muy íntimo familiar del dicho santo obispo, Fr. Domingo de Betanzos, de la orden de los predicadores, y uno de los mas memorables y perfectos varones que entre ellos ha habido en esta Nueva España. El cual como no pudiese alcanzar lo que su corazón deseaba, sino muy de tarde en tarde, por ser ambos de diferentes órdenes, y haber de residir forzosamente en diversos monesterios, y por ventura en remotas provincias, ya que no podia tener consigo vivo al varon santo Fr. Martin, hizolo pintar en el monesterio de Tepetlaoztoc, donde el Fr. Domingo tenia lo mas del tiempo su habitacion y morada. Y yo ví permanecer allí aquesta su figura, hasta que un vicario de aquella casa, para hacer otro edificio, desbarató la pieza donde el santo estaba retratado, y así se perdió la figura. Estos tres varones de gran perfeccion, conviene á saber: el santo primero obispo de México D. Fr. Juan de Zumárraga, Fr. Martin de Valencia y Fr. Domingo de Betanzos, con el gran fervor de espíritu que tenian, y celo de la salvacion de las almas, desearon mucho y intentaron de embarcarse y entrar en la mar en busca de las gentes de la gran China, antes que oviera la noticia que agora hay de ellas, ni de la navegacion, si se podia hacer ó no. El primero que esto intentó fué el santo Fr. Martin, porque tuvo revelacion que habia otras muchas gentes hácia la parte del poniente, de mas entendimiento y capacidad que estas de la Nueva España. Y anhelaba su espíritu por ir á ellas y verlas en sus dias, y convertirlas á su Dios. El cual puesto que las mostró en espíritu á este su siervo para que por sus ruegos y de otros semejantes las mereciesen ver y descubrir aquellos que ese mesmo Dios para ello tenia escogidos y determinado las descubriesen y convirtiesen, no quiso empero que él las viese, ni fuese á buscarlas, sino que perseverasen él y sus compañeros en la vocacion para que fueron llamados de la conversion de los naturales de esta Nueva España. Y fué así, que partido el santo varon Fr. Martin con algunos compañeros al puerto de Teguantepec para embarcarse en los navíos que D. Fernando Cortés, marques del Valle, habia mandado hacer para este efecto, le impidió Dios la ida, que no le fué posible embarcarse. La causa (segun algunos dicen) fué, que dando cata á



los navíos al tiempo del partirse, hallaron que estaban perdidos de carcoma ó broma, atribuyéndolo á que se debió de labrar verde la madera, ó por mejor decir, por ser así la voluntad de Dios. Y con este impedimento se ovieron de quedar y dejar lo que habian intentado él y el santo obispo (que ya habia enviado á renunciar el obispado) y Fr. Domingo de Betanzos. Y algunos años despues, por el crédito que habian dado á lo que con ellos tenia comunicado el siervo de Dios Fr. Martin, se determinaron de tornar á hacer aquel viaje, mas fueron tambien entonces impedidos. Y era tanta la confianza que llevaban en Dios de hallar lo que iban á buscar, y la certidumbre de la navegacion, en aquellos tiempos no sabida, que poniendo la dificultad Fr. Domingo en el vaso del navío, dijo Fr. Martin con mucho fervor: «Metedme en una calabaza, que yo estoy seguro que me guiará y llevará el Señor adonde deseo.»

### CAPÍTULO IX.

*De algunas visiones ó revelaciones que el santo varon tuvo de la conversion de los indios.*

Revelaciones que tuvo el varon santo Fr. Martin.

Primera vision.

Segunda vision.

**L**AS revelaciones ó visiones que cerca de las gentes de la China tuvo el siervo de Dios Fr. Martin (segun las refiere su muy familiar compañero Fr. Francisco Jimenez, á quien él las manifestó), son las siguientes. Vió una vez en sueños unos hombres varoniles, delante de los cuales andaban unas aves aleando, como queriendo abalanzarse para volar, y llegaban con las puntas de las alas cuasi á los labios de aquellos hombres, los cuales recibian de sus alas (como de unos aventadores) un muy suave aire con que eran consolados y recreados con gozo de sus ánimas. Fuéle luego declarado en espíritu que aquellos hombres eran otras gentes idólatras que se habian de descubrir, personas varoniles de espíritu, y capaces de oracion y contemplacion. Y aquel aire ó viento suave que las aves echaban y soplaban en sus labios y rostros, era la suavidad de la oracion, y consolacion que de la contemplacion recibirian. Otra vision vió en sueños una noche el varon de Dios, y era unas bestias cargadas, que iban por un camino muy trabajadas y cansadas, que parecia no podian ir adelante ni sustentar las cargas que llevaban sobre sí. Pero con todo su trabajo y fatiga llegaron al cabo de la jornada, donde descansaron del camino. Vió luego otras bestias

semejantes á las primeras, que aunque iban fatigadas con las cargas, mas caminaban ligeramente, y al parecer sin pesadumbre, y llegaron sin cansancio al cabo de la jornada. Luego le fué declarado que aquellas bestias que con trabajo caminaban y soportaban sus cargas, eran los indios naturales de esta Nueva España. Y las otras que iban por su camino cargadas y sin pesadumbre, eran otras gentes que se habian de descubrir y convertir, de otro talento y capacidad, que sin compulsion ni temor se convertirian y llevarian con dulzura el yugo del Señor y su santa fe. Otra vision semejante tuvo en la forma siguiente. Parecíale que estaba á la orilla de un rio, y de la otra parte del rio vió dos mujeres, cada una con un niño en los brazos, y ambas parecian querer pasar el rio hácia la parte donde el varon de Dios estaba. La una de ellas era fea, y feo y lagañoso tambien su hijo. La otra hermosa, y por semejante manera lo era tambien el hijo, y muy gracioso. Queriendo pasar el rio la fea, no podia, y entró en el agua con temor, y parecia que queria caer, y las olas la turbaban y impedian; mas con todo su trabajo y temor pasó el rio. La hermosa queriendo entrar, el niño que en sus brazos tenia, mirando de hito al santo varon con cara alegre y riéndose, alargaba la mano mostrando querer pasar adonde él estaba. Y luego que la madre entró con él en los brazos, pasó muy ligeramente y sin temor el rio, que ningun detrimento ni impedimento recibió de las olas ni de la corriente. Fuéle declarado en espíritu que aquella mujer fea era esta Nueva España ó la Iglesia de ella, cuyos hijos (que son los aquí convertidos) son feos y lagañosos en sus principios, y con trabajo pasan las olas de este mundo, pero finalmente llegan al puerto. Y aunque la Iglesia no se puede decir fea, parece que habiendo respecto á los trabajos con que los naturales han sido compelidos en los principios de su cristiandad, en alguna manera se puede llamar fea. La mujer hermosa y graciosa, es otra tierra nueva que se descubrirá y nueva Iglesia, cuyos hijos tambien serán hermosos y graciosos, esto es, varones buenos y espirituales, y de voluntad, sin compulsion alguna, se convertirán y serán constantes en la fe y guarda de la ley y mandamientos de Dios, lo cual representaba aquel niño hermoso que en sus brazos tenia. Con estas y otras semejantes visiones quiso Nuestro Señor revelar y manifestar á su siervo Fr. Martin aquellas gentes de la gran China, de las cuales no habia noticia en aquel tiempo, ni de la navegacion y derrota que se habia de tomar para descubrirlas. Mas agora las vemos descubiertas, y el camino para ellas cursado

Tercera vision.



y trillado de los nuestros. Y sabemos que es gente de mucha capacidad y policía, y extraño gobierno. Y no falta sino que mueva Dios el corazón de su rey para que admita en sus tierras la predicación del santo Evangelio, lo cual podemos creer será cuando hallare el Señor aparejados y dispuestos los corazones de los antiguos cristianos con el verdadero celo de su honra y gloria, y de la salvación de aquellas almas, sin mezcla de interés de sus temporales haciendas y señoríos, dejada y despedida la insaciable codicia que ha desbaratado y impedido tan grande y tan buena conversión de gentes como se pudiera haber hecho en lo que en nuestros tiempos el Criador del mundo nos ha descubierto, de que no hay duda sino que su divina Majestad está muy ofendido.

### CAPÍTULO X.

*De otras visiones semejantes á las pasadas.*

**P**UES volviendo á nuestro propósito, como el varón santo Fr. Martín fuese hombre de grande espíritu y de alta contemplación y continua oración, y muy ferviente en el amor de Dios, afligíase á veces y congojábase interiormente en ver la tibieza y frialdad que los indios de esta Nueva España, por su bajo talento, mostraban en su conversión á Dios (puesto que todos recibieron la fe cristiana y sacro bautismo), y cuán poca aptitud tenían para el ejercicio de la santa oración y contemplación. Por esta causa deseaba verse con otros infieles mas capaces y varones, en cuya doctrina pudiese emplear el espíritu que el Señor le comunicaba, y hallar en ellos á los principios resistencia para ofrecer su vida y recibir la muerte con algun género de martirio por la verdad de la fe de Jesucristo. Y crecióle mas este deseo cuando por las visiones contadas fué el Señor servido de mostrarle aquellas nuevas gentes tan capaces de razón, teniendo entendido que era su voluntad llevarlo entre ellas. Mas como no fuese esta (según por lo sucedido se vió), antes con muy claras señales mostró el Señor, no solamente al Fr. Martín, mas también á sus compañeros, que no era su voluntad que desamparasen á estos indios, para cuya conversión fueron llamados, ni que se empleasen en otra gente, como en efecto no lo permitió (aunque ellos lo intentaron), consolábalos el benignísimo Señor en este su penoso apostolado con lo que en una parte de aquellas visiones

certificaba, que finalmente (aunque con algun trabajo, desgustos y dificultades) estos sus espirituales hijos de la Nueva España pasaban el río de su frialdad y tibieza, y llegaban al puerto con que se conseguía el deseado fruto de sus trabajos, y con mas mérito de los obreros, pues es cierto que á los mayores trabajos que por Dios se toman, corresponde mayor premio, como lo dice el apóstol. Al propósito de esto vió el siervo de Dios otra visión cerca de los indios de esta Nueva España, en la manera siguiente. Vió una noche, durmiendo, una manada de ovejas en un valle lleno de yerba, y hacía frío que había nevado, y la yerba del valle estaba como cubierta de nieve, pero era yerba verde y buena. Al cabo de aquel valle vió una iglesia hácia donde iban las ovejas paciendo de aquella yerba; mas por causa del mucho frío y de la nieve, pacían con pena y trabajo, porque á vueltas de la yerba gustaban y comían de la nieve, y así rumiando y paciendo llegaron á la iglesia y se entraron en ella. Fuéle luego dicho en espíritu que aquel valle era esta tierra de la Nueva España, y las ovejas los indios naturales de ella, que pacían la yerba con el yelo y nieve; esto es, que oían y recibían la doctrina con mucha tibieza y yelo de su espíritu, pero así con este trabajo todavía iban adelante gustando de ella, aunque mezclada de frialdad y tibieza, hasta llegar á la iglesia, que es á la fe católica y gremio de la Iglesia, no quedando fuera de ella, pues son cristianos y bautizados. De lo cual se colige, que no solo es meritorio el trabajo de parte de los que los instruyen y administran, mas que también es mucha la ganancia de parte de esos mismos naturales, que como cuesta arriba y con premia son llevados y metidos en la Iglesia, y de la necesidad hacen virtud, lo cual es mejor que no que nunca se hagan aptos para venir á la virtud, y sin ella se vayan al infierno. Y como en los vicios la costumbre es otra naturaleza, así y mucho mas en las virtudes, haciendo unos y otros actos (aunque sean cuesta arriba), aquellos actos convertidos en costumbre se hacen como cosa natural, y con facilidad y prontitud se ejercitan y ponen por obra, de suerte que ya no es en mano del hombre dejar de ejercitar la virtud, porque ya la tiene adquirida como condición natural, por la mucha fuerza y violencia que á los principios se hizo; de tal manera, que no solamente el espíritu se inclina á los ejercicios espirituales, pero aun mucho mas la carne, conforme á aquello del salmista: *Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.* Como quien dice: «¡Oh mi Dios! mi ánima tuvo sed de la virtud en vos, y mi carne mucho mas.» Así vemos ya en algunos de estos

I Corinth. 1.

Cuarta vision.

Psal. 62.